Andrés Sánchez Robayna

Las ruinas y la rosa



Galaxia Gutenberg

Andrés Sánchez Robayna

Las ruinas y la rosa

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros).

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2024

© Andrés Sánchez Robayna, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 9939-2024
ISBN: 978-84-10107-56-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A veces creo que estoy equivocado al querer hacer un libro razonable en vez de abandonarme a todos los lirismos, violencias, excentricidades filosófico-fantásticas que vayan surgiendo. ¿Quién sabe?

GUSTAVE FLAUBERT

Hay que escribir para decir algo, no para realizar una obra.

EMIL CIORAN

Advertencia

Después de toda clase de fantasías y caprichos, este es el resultado de lo que creo un *abandono* de cualquier proyecto o designio razonable. Muchos de estos apuntes, como podrá comprobarse, responden a una simple transcripción de sensaciones o, mejor aún, de lo que llamaría *pensamientos sensitivos*.

¿Qué queda aquí entonces, encuadernado a modo de libro, usurpador de su apariencia? Vencido al final por lo puramente fragmentario, decido hacer frente a los hechos. «Duerme del lado de lo desconocido», «ten por almohada al infinito», recomienda una voz inconfundible que el lector curioso verá identificada –lo mismo que la expresión del título– al correr de sus páginas.

A. S. R.

LAS RUINAS Y LA ROSA

Dos sabios consejos: «El que sabe no habla, el que habla no sabe», según Lao-Tse. Para Wittgenstein, «De lo que no se puede hablar, mejor es callarse».

Pero ¿cuándo sabemos que de algo no puede hablarse? Y, cuando de algo puede hablarse, ¿es mejor hablar que callar? No acaban ahí mis preguntas, porque, bien mirado, ¿cuándo hablar, cuándo callar? O, dicho de otra manera, ¿de qué cosas hablar, de qué cosas es mejor callarse?

El abate Dinouart publicó en 1771 *El arte de callarse* (*L'Art de se taire*). He aquí el arte de callar… hablando.



¿Sabemos y podemos distinguir siempre entre pensamientos y sentimientos? Hay ocasiones en que la frontera resulta clara; otras, en cambio, en que es imposible trazarla, ni siquiera mínimamente.

Hay pensamientos impulsivos como hay sentimientos reflexivos. Hay pensamientos confusos como hay emociones o sentimientos precisos.

¿Cómo esculpir la niebla? Entre ti sueles decir algunas veces que tiendes a la sensación pensativa –y al pensamiento sensitivo.

☆

«Piensa el sentimiento, siente el pensamiento», asegura la conocida y paradójica sentencia de Unamuno. No es la primera vez, por supuesto, que tal designio aflora a la conciencia, hecha en buena medida de una criba de los cinco sentidos. Toda una vieja tradición cultural la respalda.

☆

El desierto como espacio de reflexión que necesitamos crear en nuestro interior a menudo. El desierto, sí, como jardín al revés.

☆

¿A qué llamas (tal vez, ay, demasiado alegremente) *pensamientos sensitivos*? No tienes, en realidad, otra forma de referirte a un estado de conciencia en el que sentimiento y pensamiento se entrelazan de tal modo que no es posible distinguirlos con claridad. Tanto se enlazan, que a veces no se trata ya de sentimientos, sino de sensaciones que se ponen a pensar, de una corporalidad que toca directamente a la conciencia.

Pessoa: «*O que em mim sente está pensando*».

☆

Mi recuerdo de infancia más antiguo es, por supuesto, confuso. Estoy solo en casa, todos han salido, miro el techo del

cuarto en la oscuridad (es de noche). De pronto escucho una tonada, muy simple (me asombra el hecho de que aún la recuerde con absoluta nitidez y que pueda tararearla como si la hubiera escuchado hace sólo unos minutos). No sabría decir si esa tonada era para mí alegre o triste: hoy tiendo a ver en ella una cualidad melancólica. Una cualidad, en todo caso, apaciguadora; tanto lo era, que estaría dispuesto a interpretarla como mi primera sensación *mística*: la tonada se fundía con la noche, era la noche, era yo mismo, todo se volvía indistinguible, era la Unidad.

¿Por qué se trata para mí hoy de un recuerdo confuso? Es improbable que yo estuviera solo en casa (cosa inverosímil, conociendo a mis padres). Por otra parte, ¿hasta qué punto puedo asegurar que la tonada que ha retenido mi memoria es exactamente la que oí entonces? Bien podría ser que la inventara yo mismo para combatir o atenuar mi soledad. Por lo demás, ignoro, en el caso de que la tonada fuera real, patentemente sonora, y no un fruto de mi imaginación o de mi miedo, de dónde podía proceder aquel sonido en plena noche: ¿de un aparato de radio, de un campanario cercano, de algún vecino? Las incógnitas se me acumulan, hasta el punto de convertir mi recuerdo en casi una fantasía de la memoria. De hecho, lo que interpreto como emoción mística no fue tal vez sino una sensación profunda de extrañeza, de extrañamiento del mundo circundante en relación con la conciencia, en el entresueño. Y sin embargo…

Lo que queda, para mí, es la *sensación*. Esta sí que fue real. Fue, de hecho, lo único real. Realidad de la sensación, irrealidad del mundo.

☆

¿Sobrevaloro la *sensación*? No me lo parece, puesto que esta me permite regirme con alguna claridad en un mundo en el que la razón (la racionalidad siempre necesaria, y que interviene después) es pura o impura, es decir, interesada o desinteresada.

«En verdad, no poseemos más que nuestras sensaciones; en ellas, pues, que no en lo que ellas ven, tenemos que fundamentar la realidad de nuestra vida» (Pessoa, *Livro do desassossego*).

Por otra parte, las sensaciones nunca son interesadas. Proceden de una pasividad que conduce al deseo de la inacción (la pasividad permitirá recibir nuevas sensaciones). Me gusta cierto tipo de inacción, tanto la quietista como –si es que la he comprendido– la *no acción* taoísta (*«wu wei»*).

La inacción atenta, abierta, no la pereza.

☆

Es en el estado de no acción donde las palabras del poema te asaltan. No hay que confundir ese estado con la inmovilidad física. De hecho, esa luz de la palabra, de las palabras, no llega sólo cuando estás «quietamente sentado, sin hacer nada», como en el poema zen del *Zenrin Kushū*, sino también, por ejemplo, en el acto de caminar, en tus largas caminatas.

☆

¿Son necesarias tantas palabras? ¿No deben hablar, en su lugar, los actos? Imposible ignorar, de ningún modo, la irónica propuesta de Karl Kraus: «El que tenga algo que decir, que dé un paso al frente, y que se calle».

☆

Una sola pieza de Bach despierta más fervor religioso que todos los tratados teológicos juntos.

☆

¿Y si hubiera un territorio intermedio entre el hablar y el callar, entre escribir y no escribir? Hay una escritura que nace del silencio e invita a él, y hay silencios elocuentes.

Nos parece que Juan de la Cruz vivió de modo natural en ese territorio.

☆

Para el poeta, las palabras son actos.

☆

De nuevo –y siempre– sobre la tensión, y hasta la dialéctica, entre palabra y silencio, ahora en distinto plano.

Hay situaciones, momentos, asuntos en relación con los cuales no es *justo* callar. Son todos aquellos casos en los que está en juego la dignidad, la esencia de la condición humana. El ejemplo más terrible es, seguramente, el de los campos de concentración nazis y soviéticos. «No es lícito olvidar, no es lícito callar. Si nosotros callamos, ¿quién hablará?», escribió Primo Levi en 1955 con palabras que resonarán para siempre en la historia y en nuestra conciencia de la historia. No es posible el silencio. No es *digno*.

Pero, ¿y si el silencio fuera, paradójicamente, la última forma de la dignidad? En una parábola memorable, Albert Camus contó el caso del prisionero que, de milagro, vuelve del campo de concentración. Habla sólo una vez y luego se entrega al silencio, no habla del asunto nunca más. «Todo lo humano –fue lo último que dijo– me produce horror.»

☆

Releo las líneas anteriores después de unos días. Renace en mí, inevitablemente, una sensación de escándalo. ¿Cuándo se quebró esa fe, cuándo se produjo esa ruptura en la consideración de lo humano, en la dignidad humana como valor máximo? La frase de Camus (en realidad, la frase del super-

viviente de los campos nazis al que Camus hace decir, con terrible motivo, «Todo lo humano me produce horror») nos estremece porque hoy la encontramos absolutamente justificada, irrebatible.

No siempre fue así. La memoria me lleva casi sin querer a unas palabras de Pico della Mirandola sobre la dignidad del hombre que leí hace muchos años. Las busco: el hombre, ese «intérprete de la naturaleza por la perspicacia de los sentidos, la intuición penetrante de la razón y la luz de su inteligencia». Y, sobre todo, las que más me gustan: el hombre, ese «puente entre la eternidad estable y el tiempo fluyente» (*Oratio de hominis dignitate*).

El humanismo europeo formuló un altísimo concepto del hombre, oponiéndose así a una fuerte tradición que expresaba justamente lo contrario. El mismo Pico afirmó que el hombre, admirable artífice de sí mismo, puede «degenerar en las cosas inferiores, que son los brutos»; puede ser ángel o demonio, por así decirlo. De hecho, no todos los sabios antiguos fueron tan entusiastas sobre el hombre visto como admirable artífice de sí mismo. Un humanista español del Renacimiento, Fernán Pérez de Oliva, que había leído a Pico, simbolizó en Aurelio –una de las figuras de su *Diálogo sobre la dignidad del hombre*– toda una teoría de visiones negativas de la naturaleza humana que aparecen en Plinio, Lucrecio y otros poetas y filósofos, empezando por Sófocles, en cuyo *Edipo en Colono* se expresa el deseo irreprimible de no haber nacido y las ganas de morir («el no haber nacido triunfa sobre cualquier razón»).

Los Padres de la Iglesia rechazaron la idea gnóstica de la Creación como un fracaso de Dios, es decir, condenaron el principio de que la obra de Dios es inconclusa, imperfecta, perversa, tanto el devenir humano como el devenir planetario. El problema del mal, claramente planteado por el gnosticismo, ha sido una de las grandes líneas internas (muchas veces secreta) de nuestra cultura. A menudo ha adquirido, sin embargo, una relevancia crucial: pienso en el Hume del *Diálogo sobre la religión natural* (¿es compa-

tible el mal con Dios?), en Rousseau, en Baudelaire, en Conrad, en Arendt. Recuerdo siempre los versos de Pierre Jean Jouve: «La flor del mal, / la más sincera que este mundo haya visto abrirse». El mal, sí. La flor más terrible. La negra floración del horror.

Las atrocidades del siglo xx, los campos nazis y soviéticos, el genocidio camboyano, prueban de sobra la dimensión abrumadora del problema del mal, un problema estrechamente ligado al concepto de la dignidad del hombre establecida por los humanistas, ya que estos no ignoraban aquella dimensión. De ahí la vigencia absoluta de un problema que no deja de atormentar a la conciencia y a nuestra manera de estar en el mundo. Recuerdo con mucha emoción cómo ese problema obsesionó a Yves Bonnefoy en sus últimos años. Conocedor de cuánto me importaba también a mí, me escribió un día: «*Réfléchissions ensemble*». ¿Cómo hacerlo ahora sin percibir el eco de esa tentadora invitación?

Pienso en el caso de la socióloga judía Agnes Heller. Escapó de milagro, junto a su madre, de la terrible persecución nazi en Hungría, y más tarde de un régimen político tiránico. Su padre fue asesinado en Auschwitz. El horror estaba literalmente *inscrito* en su espíritu. Al final de su vida, interrogada por un periodista, contestó así a la pregunta «¿En qué cree?»: «¿Tengo que creer en algo? Tal vez pueda responder a su pregunta. Creo en algo: las personas buenas existen, siempre han existido y siempre existirán. Y sé quiénes son las buenas personas». Sabemos que Agnes Heller había perdido la esperanza en la razón, esa razón que está en la raíz misma de los campos de exterminio nazis y soviéticos y en la sistemática deportación de millones de personas. Como Pico, en cambio, Agnes Heller creía en el ser humano: creía que el hombre es, a pesar de todo, el puente entre la eternidad estable y el tiempo fluyente.

☆